

¿Cómo expresa el poeta estos inefabables arrobos, estos castísimos deliquios? Mediante la estrofa llamada «dira», combinación armoniosísima de cinco versos de siete y once sílabras (de siete los primero, tercero y cuarto, y de 11 los segundo y quinto), que riman aconsonantados el primero con el tercero, y el segundo con el cuarto y el quinto. Y con el empleo de palabras sencillas, que fluyen sin retorcimientos ni transpiraciones, sin adjetivos rebuscados ni apenas metáforas o tropos, con la naturalidad con que corre el agua de un arroyo, mansa, apacible y transparente:

*La noche sosegada
en par de los levantes de la aurora,
la música callada,
la soledad sonora,
la cena que recrea y enamora...*

Con el exquisito instrumento de la «dira» y la sutilísima selección de los vocablos más nítidos, San Juan de la Cruz obtiene unas cadencias de increíble suavidad, como si en sus versos batieran sus alas las mariposas de la primavera y el airecillo perfumado de la madrugada trajese de lejanos paisajes, casi imaginarios, uno eco de campanas y de pájaros, de flautas y de violines, de brisas serranas y risas arcangélicas.

La poesía de San Juan de la Cruz, aun arrancando del más puro sentido religioso, tiene un absoluto valor humano. El poeta, en busca de Dios, llega a encontrarse a sí mismo y obtiene con sus versos un efecto de mágico aislamiento, como si a fuerza de rendimiento y entrega llegase a la conquista del estado de gracia, dejándonos la impresión de una pura llama con la que se logra la más rotunda perfección lírica.

Lo más asombroso de esta poesía en la historia de todas las literaturas es que la vida interior encendida de misticismo que constituye su temática, concuerda perfecta-

mente con la visión del mundo exterior y más concretamente con la naturaleza contemplada y cantada por el poeta con emoción insuperable. Por las estrofas de San Juan de la Cruz —frailecillo campesino, nacido en tierras de Avila, como Santa Teresa, y como ella, Carmelita Descalzo, pero al revés que ella, tímido, silencioso, solitario y ultrasensible— pasan, inolvidablemente, los valles y los ríos, «las rosas más que el ámbar perfumadas», las verdes praderas esmaltadas de alegres florecillas húmedas del rocío matutino, la sombra estremecida y misteriosa de los bosques, el puro aliento de las montañas, el vuelo y el cantar del cuclillo y la calandria, el dulce arrullo de las «hermanicas» palomas, a las que ordena volver al amoroso nido... Es decir, todos los motivos y temas de la poesía bucólica —desde Virgilio a Garcilaso—, enderezados a la divina finalidad de ensalzar al Amado del Alma. Pero si en lo puramente formal hay resonancias de lenguaje y concepto de los poetas pastoriles, la inflamada pasión entre el Alma y su Esposo deriva de otra obra poética más grandiosa: del bíblico *Cantar de los Cantares*, de Salomón. Y no sólo de ese libro, sino de otros muchos más de la Sagrada Escritura, donde la inspiración altísima del genial Carmelita encontró lo que un admirable comentarista reciente ha llamado con frase definitiva «la vena delgada del susurro de Dios», que corre en el aire quebradizo y delicado de esa lírica inverosímil, en la que se funden todas las más sutiles delicias del sentimiento y la palabra.

No me restan espacio y tiempo para hablarte hoy de Fray Luis. Pero no me importa. No podrías gozar de los dos al mismo tiempo. Así, pues, embriágate de San Juan de la Cruz y aguarda para leer a Fray Luis hasta la próxima, que en breve te escribirá tu viejo amigo

T. C.